

la injusta muerte de Don Felipe Tupac Amaru a manos del Virrey Toledo. Una ejecución (en verdad, un asesinato injustificable desde todo punto que no fuera el de acabar de raíz con el Tawantinsuyu) que en la pluma elegíaca del Inca alcanza niveles de emoción en los que se transparece con fuerza la identificación del último inca real (pues Garcilaso lo era fingido, y por voluntad ideológica) con Cristo, su pasión y su muerte. Ya pueden luego llover castigos divinos sobre el Virrey y sus adláteres. Queda en todo caso una mancha de sangre tan inexplicable como imborrable. Y así quiere terminar el Inca su narración, contada «porque en todo sea tragedia»³⁴. Tragedia, pues. ¿Pasión sin resurrección? Pero el cristianismo sabe cuán poderoso es un Dios muerto, si se encarna en el espíritu de una comunidad a través de un relato sagrado. Sólo que el plano ideológico se veía igualmente amenazado. Los *Diálogos* de León Hebreo, cuya versión castellana ofreciera Garcilaso al Rey Felipe II, y que constituyen —como harto he señalado— el cañamazo filosófico y aun teológico sobre el que teje nuestro autor un nuevo modelo mítico de autorreconocimiento de un pueblo, y por extensión de todo un continente: las Indias, fueron mandadas «recoger» por la «santa y general Inquisición de estos reinos», como el propio Garcilaso no puede por menos de reconocer, exculpándose a sí mismo con la débil excusa de que la obra, traducida en la lengua «nuestra vulgar», «no era para vulgo». Naturalmente que no lo era. Tampoco la *Florida* o los *Comentarios* lo eran, sino más bien calculadas etapas para la construcción de un nuevo mundo espiritual: el florón de la Historia, la realización del Andrógino en un pueblo de mestizos: la América (por las antiguallas) Latina (por la tradición clásica: fusión de la mitología latina y el hermetismo egipcio y caldeo) de sangre española y religión católica romana. ¿Diremos que fue un sueño? Pero muchas veces los sueños guían y orientan con fuerza secreta la vida vigil.

III. La muerte pendiente de la América atrevida

No fueron los mestizos la clase emergente, el grupo portador de invención del flamante Occidente, de las nuevas Granada, Castilla, España. En esto, como en tantas otras cosas, el destino del Inca Garcilaso fue paradigmático, anuncio del ocaso de una idea hermosa: soltero, clérigo en su vejez, también él dejó tras de sí un bastardo. En él acaba su estirpe de sangre noble por ambos padres, aunque no puramente incaica, como él pretendía. Pero, muriendo y estando enterrado en Córdoba, ¿cabe acaso decir que muere en el destierro? La verdad es que él nunca tuvo tierra propia: la construyó utópica, brillantemente en sus obras, al parecer históricas, en verdad mitológicas. Y la construyó en un futuro que sigue estando por venir, que sigue siendo porvenir.

Mientras tanto, el modelo, la invención simbólica de una esencia híbrida de tradiciones americanas, grecolatinas y católicas (siendo la América Española el campo de pruebas) pasó en el siglo XVII a manos de una clase extraña, combativa y a la postre suicida: el *criollo*, orgulloso de su ascendencia española (o, en general, europea, sin

³⁴ C. IV, 171b.

mezcla india y, menos aún, negra), despreciado y temido a la vez por la capa de la Administración y la Iglesia (aunque ésta, con una política inteligente, va cubriendo altos cargos con criollos), de origen peninsular. Para diferenciarse de esta capa, considerada cada vez con mayor fuerza como compuesta de ambiciosos advenedizos (una reacción y frustración que volvería a darse hace unos años en las naciones periféricas de la España franquista), el criollo adopta y desarrolla hasta el paroxismo (un paroxismo *barroco*) el modelo del mestizaje cultural, utilizado ahora como arma ideológica. *La nueva clase inventa así su propio pasado*. Y es en el virreinato más próspero de las posesiones hispanas, en México, denominado proféticamente Nueva España, donde la utopía es transformada, conscientemente, en ideología. La revuelta de la población mexicana en 1692 es, a este respecto, no un punto de llegada, sino un punto de partida; la meta es, desde ese momento, la independencia. Pero con esa transformación se ha perdido, obviamente, la conciencia del mestizaje; a partir de entonces —y en muchos casos y lugares, por desgracia, hasta nuestros días— el mestizo y sus símbolos serán *utilizados* como arma de aculturación rápida, emotiva y mantenida, en definitiva, en un mundo imposible, de consabida ficción literaria, mientras que el mestizo (y con él, y peor que él, el mulato, el cholo y el negro) es mantenido a distancia, impidiendo que acceda a un poder que ha sido conquistado con su ayuda y bajo sus advocaciones. Una estrategia tan conocida y repetida como humillante.

Difícil es decidir, con todo, si la persona que con mayor fuerza y profundidad ha llevado el modelo a cumplimiento ha de ser considerada, a su vez, como un representante de esa nueva y arrogante clase o, al contrario, y a despecho de su sangre española, como un caso genuino de *autoconciencia del mestizaje*. Pues, como en el caso de Gómez Suárez de Figueroa, también ella, Juana de Asbaje, es bastarda (incluso hubo lenguas, que ella supo cortar y echar a los perros en versos de hierro cruel, que insinuaban la imposibilidad de fijar la paternidad de nuestra escritora). Y cambia, como el Inca, su nombre por aquél con el que se haría inmortal: Sor Juana Inés de la Cruz. Y juega incluso con la idea —tan actual, de nuevo— de un mestizaje interno, ya que el padre por ella querido, idealizado, habría sido un noble vasco, un caballero de Vergara. Y por eso, cuando procede a una de sus ensaladas lingüísticas, no olvida incluir con orgullo el idioma ancestral (lo que no deja de ser desafiante; recuérdese cómo son tratados el vizcaíno y su lengua en la inmortal novela cervantina, sin ir más lejos):

Nadie el Vascuence murmure,
que juras a Dios eterno
que aquésta es la misma lengua
cortada de mis Abuelos³⁵.

También ella, como el Inca, conoce el exilio, en este caso interior: la celda de un convento hieronimita. También es estéril en lo físico, asombrosamente fecunda en su progenie espiritual. Y, sobre todo, a ambos les guía una misma, poderosa idea: crear una nueva Patria (ellos, que no pertenecen en verdad a ninguna) sobre la base de una bien construida armonía de las tradiciones que han formado a Occidente. En

³⁵ Sor Juana Inés de la Cruz, *Obras Completas* (cit. en adelante: O.C.). Pról. de F. Monterde, *Porriña, México 1989* (Villancico VIII. *Ensalada —Asunción 1685—*), pág. 254.

ella, como en Garcilaso, confluyen la tradición hermética (conocía la versión del peruano de los *Dialoghi*, aunque su fuente principal es el jesuita Athanasius Kircher y su *Oedipus Aegyptiacus*), la clásica (pocos escritores de habla castellana han dominado como ella el latín, con el que gustosamente trufa sus villancicos³⁶) y la religiosa (aunque conocimiento no es identificación; su uso puede ser escudo defensivo, como ocurre con las numerosas y pías exclamaciones del Inca, o con los hábitos de Sor Juana). Y estas tradiciones, unificadas en vistas de la cumplimentación de un medido sincretismo (que en la Décima Musa sabe, a las veces, a alambicado y aun deja regusto a botica, cosa que no ocurre jamás con el recto y claro Inca), son empleadas, con una contundencia inaudita que sólo se ve paliada con la excusa de que se trata de exageraciones literarias en un siglo hiperbólico, ficciones de una monja que halaga a los poderosos haciéndoles vestir galas que, de ser tomadas en serio, serían altamente peligrosas; son empleadas, digo, para *construir* una Patria, de arriba a abajo (la única «revolución» pensable en la católica y barroca Nueva España): una Patria en la que se pide al Poder —cuyos peninsulares portadores han sido directamente nombrados por Madrid— que reconozca como ancestros al padre —España— (la inversión común, añeja y por eso ya no insidiosa: *Madre Patria*, no deja de ser un ardid) y a la madre —el México azteca—. Dos Imperios que habrían dado míticamente a luz a un Imperio que ha de ser aún mayor (¿y que ha de acabar arrumbando al paterno?).

En Sor Juana, bastarda y criolla, la conciencia del mestizo llega a ser *autoconciencia*. Tal es la tesis por mí defendida. Y esa autoconciencia encuentra a mi ver poderosa, poética expresión en una triple estrategia: a) la alabanza hiperbólica al poderoso, entendido como brazo y cabeza del nuevo Imperio, del genuino Occidente (otra idea compartida con el Inca, y que Sor Juana exacerba: si las culturas universales han avanzado de Este a Oeste, entonces la meta de la Historia, su florón indiscutible, el verdadero Occidente que está *plus ultra* será indiscutiblemente América, ya no Europa); b) creación de un fermento simbólico para amalgamar, a partir de múltiples etnias, lenguas y credos, un solo Pueblo; y c) justificación política, en base a argumentaciones filosóficas y religiosas —honduras por las que el Inca se movía, pero sobre las que nunca *reflexionó*—, de la necesidad del nuevo orden de cosas. Y cada estrategia conoce un estilo diferente: el romance —forma castellana vieja, que da solera y arraigo— lisonjea al poderoso; el villancico —aunamiento magistral de metros y formas poéticas dispares, como dispares son los grupos que cantan, dentro de una fe común—; y la loa, en cuanto prólogo de un auto sacramental: la forma más elevada con que el Barroco supo dar fe de sí mismo, modelar plásticamente sus creencias, sacralizar una acción colectiva con una fuerza que sólo ha sido superada por la tragedia griega.

Sor Juana, mujer, criolla y bastarda, con sus arranques (y más que eso) de culta latiniparla, su poco entusiasmo por la religión (escribe tan bien como Santa Teresa, pero *no siente* lo que la de Avila) y su falta de apego al matrimonio, que ella entiende —*et pour cause*; basta con ver el destino de sus hermanastras— como sacrificio inútil y aún, a veces, como prostitución encubierta, sólo podía encontrar escudo en el hábi-

³⁶ Vid. Tarsicio Herrera, Buena fe y humanismo en Sor Juana, Porrúa, México 1984 (espec. 6.ª parte). La tesis del autor —evidente ya desde el título— es tan plúmbea por lo que hace a la hagiografía como asombrosa por la erudición clásica desplegada, rastreando influjos de Virgilio, Horacio, Marcial, Catulo en la políglota Sor Juana. Por lo demás, a esta gran escritora sólo dos obras monumentales le han hecho a mi ver justicia: Marie-Cécile Bénassy-Berling, Humanisme et religion chez Sor Juana Inés de la Cruz, Eds. Hispaniques, Publics. de la Sorbonne, París 1982; y Octavio Paz, Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe, Seix Barral, Barcelona 1982.